

Quilmes, el conurbano, sus metáforas

Eliana Mariano

Cursaba una de mis últimas materias, Metodología de la Investigación. Nadie sabía qué tema elegir para su proyecto y la profesora del práctico nos sugirió que pensemos en algo que realmente nos movilizara, que lo sintiéramos como **propio**. Yo recordé aquello que me hizo elegir la carrera, las obras de teatro que de adolescente iba a ver todos los fines de semana al Teatro Municipal de Quilmes, el primer teatro que conocí. Cuando conté a la clase siguiente mi tema de investigación, nadie podía comprender de qué estaba hablando. ¿Existe teatro en algún lugar del conurbano? Y alguien dijo ‘claro, ella va a investigar sobre el teatro de los indios kilmes, los rituales que ellos hacían’. Y ahí creo que empezó todo, ahí se gestó el germen de Zona Churrinche. Ofelia Peretti, *Diario de una estudiante*, inédito.

Zona Churrinche surgió como respuesta a nada. Nadie la pedía, nadie la necesitaba. Las producciones culturales locales se desarrollaban felices sin necesidad de que nadie llegara a criticarlas, teorizara sobre ellas, intentara sistematizar sus características. Pero nosotros queríamos gritar nuestra mirada, nuestro punto de vista, y hacer visible nuestra sensación de estar *acá y del lado de allá*, yendo y viniendo, sentirnos parte y a la vez, estar afuera.

Los que integramos *Zona Churrinche*, compartíamos algo que nos pesaba y nos definía: el viaje en colectivo, una-hora-cuarentaicinco-más-la-espera-del-85-infernal, ese viaje eterno y pegajoso, para llegar y regresar de la facultad. Por supuesto que ese recorrido fantástico era mucho más que un letargo de tiempo; era también pasar la *frontera*, salir de un territorio (físico, simbólico) para arribar a otro.

Cuando *nos llegó*, como un karma compartido, la idea de la revista, enseguida supimos que de lo que queríamos hablar era de esa tensión que implicaba estar en la *zona intermedia*, del moverse de(l) lugar; de nuestra identidad de fragmentos, como todas las identidades quizás, como la identidad del conurbano.

Nos interpelaba, por un lado, la mirada de “el Soberano porteño”, como muchas veces lo nombramos en *Zona Churrinche*, esa idea de que el lugar en el que vivíamos —Quilmes, Gerli, Avellaneda, Burzaco—, eran lugares intercambiables, las mismas partes de un todo homogéneo y salvaje, “la zona sur”. Y ese desconocimiento, esa *invisibilidad* de toda la historia, todo el recorrido cultural de nuestros barrios.

También queríamos hacerle a Quilmes un regalo —que luego supimos que más que una ofrenda, era un caballo de Troya—, inaugurar un *campo cultural*, un circuito de legitimación a través de lo que nosotros entendíamos que era la legitimación: la escritura, y desde un marco teórico. Más tarde descubrimos que Quilmes y sus alrededores ya tenían sus propios dispositivos legitimadores. En ese momento, la palabra “zona” estaba de moda, así que la usamos. Todos querían hacer de su terrenito un universo de sentido; de su causa, una protesta universal. Nos faltaba la alusión a lo local, esa llave que nos otorgara la empatía de los sureños y, a la vez, el suficiente hermetismo para restregarles a los porteños que, esta vez, les faltaba la contraseña.

Y entonces se nos apareció su nombre al unísono, como un querubín, un mantra comunitario. Aún hoy, cuando alguien lo nombra en Quilmes, se despierta una sonrisa en todos los presentes. El Churrinche era un pibe de edad indefinida, que andaba por la calle, a veces recogiendo cosas en desuso, cartón, a veces recitando poemas, otras tantas escondiéndose detrás de un árbol a la salida de la escuela, para saltar como un elfo travieso, y asustar a las chicas cuando estaban a punto de pasar. Casi todos los quilmeños recuerdan una anécdota con el Churrinche, un inquieto crónico, moviéndose todo el tiempo, buscando sobras materiales, repartiendo regalos simbólicos. Una vez quisimos darle un número de la revista. No la aceptó: no sabía leer.

Decidimos que fuera de distribución gratuita, para que llegara a la mayor cantidad de público posible (o por lo menos a 2000, que era la cantidad de ejemplares que llegábamos a imprimir). Siempre fantaseábamos con la idea de que un día íbamos a ir a comprar huevos, e iban a estar envueltos en una hoja de *Zona Churrinche*. Aunque sabíamos que eso era imposible: estaba impresa en papel ilustración.

Para financiarla, buscamos avisos publicitarios. Fue la parte más tediosa y difícil de hacer. Éramos malísimos vendiendo. Al principio, los comerciantes nos daban su aviso más

por lástima que otra cosa. Con el tiempo, cuando veían la revista ya impresa, empezó a gustarles que tuviera pocos avisos, y que fuera a dos colores. Siempre estábamos en el límite, porque cuando calculábamos que más o menos ya teníamos el dinero, dejábamos de buscar, así que, si alguien no nos pagaba, poníamos nosotros plata. Hacer la revista fue una hazaña tan hermosa, que aún hoy nos conmueve. Hicimos de todo. Y sentíamos que todo podíamos hacer, porque nos teníamos unos a los otros, y teníamos un proyecto.

Fuimos a cafés literarios, centros culturales recónditos, sótanos, radios, casas de artistas, galerías, ferias. Fuimos al autocine. Disfrutamos, conocimos, leímos poesía. Charlamos, preguntamos, entrevistamos. Discutimos. Tratamos de hacernos entender. Muchos nos reclamaban que la revista “no se entendía”; en un número, escribimos un editorial sobre eso. Estábamos muy atravesados por nuestra vida de estudiantes (todos lo éramos en ese momento) y un poco creíamos que los textos que habíamos leído, los habían leído todos. Pero también creíamos en que teníamos que escribir textos con referencia a un marco teórico, que tuvieran que releerse para terminar de comprenderlos. Las producciones locales lo merecían y, además, no hacíamos periodismo, tratábamos de escribir crítica.

Diferentes conceptos y debates nos acompañaron a lo largo de los trece números que llegamos a editar. Uno era una frase que repetíamos insistentemente, “Quilmes es metáfora”, aludiendo a que hablábamos de Quilmes, pero podíamos hablar de cualquier otra localidad del conurbano. Aunque al mismo tiempo, *Quilmes no era metáfora*, porque la identidad local sí tiene particularidades que la diferencian de otros lugares en el mundo.

Otro de los tópicos recurrentes era, justamente, pensar en la identidad como un problema, una construcción permanente y fluctuante, atrás de la que corríamos sin éxito, tratando de registrar situaciones, personajes, proyectos, estereotipos, modos de vivir. El extrañamiento de lo cotidiano nos obsesionaba, ser locales y a la vez antropólogos barriales; pertenecer mirando con ojos de extranjero.

Paradójicamente, *hacernos un lugar* en la zona sur, nos costó tanto o más que hacernos ver en Ciudad de Buenos Aires. Acá, los que se dedican al arte *hacen*, y escribir textos críticos era no hacer. Teníamos que dar cuenta de saber pintar, actuar, filmar, ser poetas reconocidos. Acá, vale la palabra del que tiene *nombre*. Y nosotros, ni eso. Si hasta firmábamos con

seudónimo. Costó, pero al final logramos que nos invitaran a los estrenos, y hasta que nos dejaran entradas gratis. Que nos saludaran, que comentaran “ahí están los churrinches”.

Un dilema que, en realidad, acechaba agazapado desde la piedra fundamental, surgió con fuerza en los últimos números y empujó, entre otras razones, el final de la publicación. Algunos de nosotros queríamos seguir escribiendo de Quilmes para Quilmes. Profundizar el hermetismo, los códigos locales. Documentar, legitimar, acompañar la historia de la zona sur. Y si alguien de Capital quería leernos, que se viniera para acá nomás, que nosotros el 85 ya nos lo tomamos bastante. Otros, querían ampliar la mirada. Interactuar con el campo cultural porteño, trasladar(nos) la zona, traducir nuestro vocabulario autóctono, explicar. Obtener, al fin de cuentas, algo de legitimación del lado allá. Y resultó que este debate, no pudo resolverse. Algunos, seguimos viviendo en zona sur. Otros, en Capital.

Sin embargo, muchas de las preguntas que *Zona Churrinche* (se) formulara, aún hoy siguen vigentes. Todavía el conurbano, en los medios, en la mirada de muchos porteños, sigue siendo un extenso territorio salvaje, un pastiche de miseria e incapacidad para escribir su propia historia. O un detalle exótico, una tierra fantástica en la que la literatura y el arte contemporáneo pueden hallar sus metáforas trash.

Mientras tanto, nuestra identidad sigue creciendo.



Presentación de *Zona Churrinche*

Arriba, de izquierda a derecha: Rubén Aliggio (programador web de la revista), Noelia Vera, María Laura Romano, Mauro Silva.

Abajo: Alex Uriarte, Yanina Tornatore, María Laura Montemurro, Eliana Mariano, Pamela Sánchez Uriarte (diseñadora gráfica de los dos primeros números)